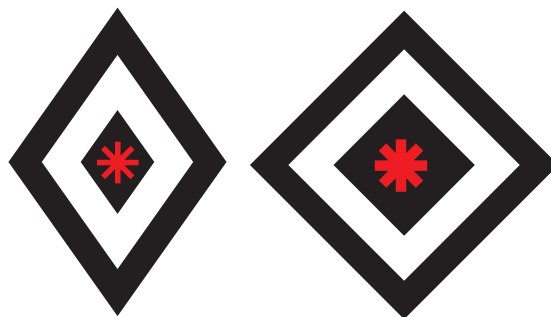




MAPUCHE



semillas de chile



BANCO DE LA REPÚBLICA

MUSEO DEL ORO - BOGOTÁ D. C.





ÍNDICE

presentación

11

presentación

13

introducción

16

el escenario y el hombre

22

los antecesores

36

riqueza y guerra

50

organización política

66

familia y organización social

76

la economía y las artes

92

creencias y valores

120

el chamanismo

138

bibliografía

146



**Museo del Oro
Banco de la República**

Exposición

Guión y curaduría


Carlos Aldunate del Solar

Museo Chileno de Arte Precolombino

Museografía

Museo del Oro del Banco de la República

Diseño gráfico

 la silueta

Agradecimientos

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile – Dirección Cultural

Catálogo


Textos

Carlos Aldunate del Solar

Edición

Francisco Mena L.

Diseño gráfico

 la silueta

Impresión

D'Vinni S.A.

© Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile

Banco de la República, Bogotá, Colombia

Bogotá, mayo de 2009

ISBN 978-958-664-219-4

p.2 “Cacique Lloncón”, siglo XIX.

*Fotografía de G. Milet por cortesía del
Rijksmuseum voor Volkenkunde, Leiden,
Holanda; publicado en Alvarado et al. 2001.*

p.3 Mujer mapuche hacia 1890.

*Fotografía de G. Milet por cortesía del
Rijksmuseum voor Volkenkunde, Leiden,
Holanda; publicado en Alvarado et al. 2001.*

**p.6 — p.7 Mujeres mapuches
ataviadas de acuerdo con la evolución
del arte de la platería.**

*De izquierda a derecha se representan los
siglos XVIII, XIX y XX.
(Dibujo de José Pérez de Arce).*

presentación

CARLOS ALDUNATE DEL SOLAR

Director MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

EL PUEBLO MAPUCHE ES UNA de las etnias más numerosas de América. Sus orígenes proceden de los antiguos cazadores que colonizaron este continente hace más de diez mil años, quienes fueron los primeros en habitar los bosques templados en la zona austral de Sudamérica. A la llegada de los conquistadores europeos, en el siglo XVI, ya eran horticultores que vivían dispersos en un hermoso paraje de bosques, lagos y volcanes. Entre sus conquistas culturales más importantes, se encuentra la domesticación de la papa, uno de cuyos centros de origen se encuentra precisamente en esta zona. La primera gallina doméstica americana también ha sido registrada en tierra mapuche.

Los mapuches opusieron una larga y tenaz resistencia a diferentes avances conquistadores por espacio de varios siglos. Finalmente fueron dominados y sus tierras ocupadas a fines del siglo XIX por el Gobierno de Chile. Desde entonces, han seguido la suerte de casi todos los

pueblos originarios de América, sufriendo problemas de discriminación y despojo de sus tierras. A pesar de ello, aún conservan su lengua, sus costumbres y luchan por recuperar las tierras ancestrales perdidas. Hoy sus voces son escuchadas por el Estado y por los chilenos de buena voluntad; su representación en la sociedad y en la política nacionales son cada día más relevantes.

La exhibición que presentamos quiere mostrar las diferentes etapas de la historia de este pueblo, desde los primeros horticultores de hace 1.500 años atrás hasta hoy. Se destacan aspectos estéticos como el arte textil y la extraordinaria platería, que surgió espontáneamente por la abundancia de monedas de plata que los indígenas manejaban, producto del contrabando de animales y la guerra fronteriza. También se quiere mostrar la poesía, que los mapuche cultivan hasta el día de hoy, el arte chamánico y la música.

La identificación de este pueblo con el pueblo chileno es estrecha. Hace medio milenio, la lengua mapuche o *mapudungun* se hablaba en la mayor parte del territorio chileno, entre el río Choapa y el Golfo de Reloncaví y los primeros estudiosos llamaron a este idioma “la lengua de Chile”. Además, los mapuche son el grupo étnico más numeroso del país y su fusión con otros grupos humanos que habitan este país forman la base de esta nación, mayoritariamente mestiza. Ello justifica el nombre de esta exhibición, *Mapuche: Semillas de Chile*, que tenemos el orgullo de presentar en el nuevo Museo del Oro del Banco de la República, uno de los lugares culturales mundialmente reconocidos de la hermana república de Colombia.

presentación

JOSÉ DARÍO URIBE ESCOBAR

Gerente General BANCO DE LA REPÚBLICA

EL BANCO DE LA REPÚBLICA TIENE en funcionamiento seis museos de cultura prehispánica en otras tantas ciudades del país, y hace poco terminó una importante renovación y ampliación del Museo del Oro en Bogotá. Una de las principales actividades de esta red de museos es realizar exposiciones sobre temas arqueológicos, dentro de una amplia programación cultural que ofrece al público múltiples aproximaciones a los conceptos de patrimonio, memoria y diversidad. El hilo conductor de estas labores es la idea fundamental de que la compleja realidad de cada cultura es el gran patrimonio que atesoran las sociedades humanas. Sin duda, tener siempre presentes estas visiones diversas nos da mejores elementos para enfrentar las cambiantes circunstancias de la vida social e individual.

La exposición Mapuche: semillas de Chile, producida por el Museo Chileno de Arte Precolombino y curada por su

director Carlos Aldunate del Solar, es un nuevo paso en esta programación cultural. Se trata de la primera de una serie de muestras internacionales de antropología y arqueología que podrán apreciarse en la nueva sala de exposiciones temporales del Museo del Oro en Bogotá. En ella se nos dan a conocer múltiples aspectos de esta sociedad amerindia, en un recorrido desde el pasado precolombino hasta el presente; al visitarla podremos asomarnos a una América diversa y rica, explorando, desde una perspectiva no muy conocida por los colombianos, los lazos que nos unen con Chile y las diferencias que mutuamente nos enriquecen. Se trata de una valiosa oportunidad para enriquecer nuestra propia imagen de latinoamericanos y mestizos, y para volver a reflexionar sobre la historia y las potencialidades de nuestros pueblos.



※15※

Mapuches con máscaras y atuendos
ceremoniales en la provincia de
Cautín, hacia 1930.

INTRODUCCIÓN

MAPUCHE ✕
semillas de chile





p.17 Mapuches contemporáneos.

Fotografía de F. Maldonado.

Niña mapuche, siglo XIX.

*Fotografía de O. Heffer por cortesía del
Museo Nacional de Historia Natural, Chile;
publicado en Alvarado et al. 2001.*

Los mapuches son un pueblo originario del centro sur de Chile, hoy representado por más de 600.000 individuos que se encuentran en el campo y ciudades de este país. En la época de la conquista española fueron célebres por la perseverante resistencia que opusieron a la invasión de sus territorios y, después, a los intentos de dominación de la República. Tras casi trescientos años de lucha, su sometimiento definitivo sólo se llevó a efecto a fines del siglo XIX. A pesar de la resistencia, durante esta época hubo un fuerte mestizaje y un inevitable contacto con la sociedad no indígena, a través del cual los mapuches adoptaron elementos europeos tan importantes como el caballo, indispensable para sus campañas bélicas. Además, la incorporación de este animal a la vida cotidiana les permitió aumentar su movilidad y extender su influencia, proclamando su prestigio entre los pueblos indígenas que habitaban las pampas argentinas. Así, en el siglo XIX se hablaba *mapudungun* o lengua mapuche en las tierras del norte de la Patagonia, desde el Pacífico hasta el Atlántico.

Durante los siglos XVIII y XIX, el poderío y la riqueza de los jefes mapuches se basaba en las campañas bélicas, en los botines de guerra y en el control del tráfico y comercio de animales que traían de las pampas argentinas. Su riqueza les permitía tener a su servicio orfebres que les fabricaban artefactos de plata, con los que adornaban a sus mujeres y cabalgaduras. Otro tanto ocurría con los tejidos fabricados por las numerosas mujeres de cada personaje importante, que eran vendidos a la sociedad colonial. Tejidos y platería eran reconoci-



Mapuches contemporáneos.
Fotografía de N. Pivonka.
Fotografía de F. Maldonado.

dos elementos de prestigio en el mundo indígena y mestizo de la época.

A fines del siglo XIX, los mapuches fueron sometidos por las fuerzas militares de la República de Chile y sus territorios fueron repartidos por el Estado a colonos chilenos y extranjeros, dejándoles exiguos terrenos para sobrevivir. Con el aumento demográfico, se produjo un extremo minifundismo que afectó enormemente las condiciones económicas y sociales de este pueblo. En consecuencia, a mediados del siglo XX hubo un vertiginoso proceso de migración del campo a la ciudad, al punto que más de la mitad de los actuales mapuches viven en centros urbanos.

A partir de la década de 1990 se ha establecido una política de “nuevo trato” del Estado frente a los diferentes pueblos indígenas que existen en territorio chileno. Siendo los mapuches el pueblo más numeroso, ellos se encuentran representados en las organizaciones indígenas y sus voces son más escuchadas por la sociedad nacional. Sin embargo el gran problema que actualmente afecta a esta población es la pobreza y la dificultad para recuperar las tierras que les fueron asignadas por el Estado y que después sufrieron procesos de usurpación. Sus voces también reclaman mayor participación y autonomía en tomas de decisiones que afectan a sus territorios ancestrales.



p.20 — p.21 Mapuches contemporáneos.
Fotografías de N. Piwonka.



EL ESCENARIO Y EL HOMBRE



MAPUCHA

semillas de chile





Los primeros cronistas que describen el territorio recién conquistado de Chile señalan que al sur del río Itata se produce un drástico cambio en el clima, flora y fauna, el que se veía acompañado de un aumento en la población nativa. En efecto, el bosque de robles –que ya se insinuaba en la cordillera de más al norte– pasado el Itata dominaba toda la región, desde las planicies del litoral marino a las montañas, donde limitaba con la franja de araucarias. Este bosque de robles (*hualo, hualli, pellín, coigüe*) era particularmente favorable para el establecimiento del hombre ya que estas especies y sus asociaciones de arbustos, hierbas y hongos, producen gran cantidad de bayas, frutos y otros recursos alimenticios silvestres. Además, que los robles pierdan las hojas durante las temporadas de otoño e invierno permite la insolación del suelo, impidiendo la formación de tierras húmedas pantanosas, difíciles de habitar, y favoreciendo lugares para asentamientos humanos.

Al sur del río Cautín, las condiciones cambian y poco a poco comienza a dominar un bosque siempreverde, el que, sumado a mayores precipitaciones, hace la vida humana difícil, salvo en determinados nichos ecológicos, especialmente en el valle central y precordillera. Las condiciones del litoral son especialmente desfavorables para la ocupación del hombre por ser costas escarpadas dominadas por una densa e impenetrable vegetación que cubre la cordillera de la costa. Más al sur, la isla de Chiloé constituye el último lugar en que todavía viven pueblos que hablan *mapudungun* o la “lengua de la tierra”.

p.23 Laguna Captrén,
en el Inapire mapu.

Fotografía de F. Maldonado.

p.24 En el Lelfun mapu crecen en
abundancia las nalcas (*Gunnera
tinctoria*), plantas de enormes
hojas y pecíolos comestibles.

Fotografía de F. Maldonado.

Dentro de estos territorios, el mapuche concibe diferentes zonas que tienen un profundo significado cultural y que reciben designaciones especiales en su lengua.

La cordillera de los Andes (*pire mapu*) o “tierra de las nieves” es, en estas latitudes, de proporciones bastante más moderadas que las del centro o norte del país. Se caracteriza por tener numerosos pasos cordilleranos de muy fácil acceso, que comunican la vertiente occidental de la cadena montañosa con la oriental y las pampas adyacentes. Como ocurrió en otros casos en la América prehispánica, este macizo nevado, lejos de constituir una frontera que separa a los pueblos, fue el lugar de reunión entre las diversas etnias mapuche, pehuenche y puelche que habitaban las faldas orientales y occidentales de la cordillera. De este contacto, motivado por relaciones de intercambio de manufactura, animales y mujeres, nació un fuerte mestizaje y comenzó el proceso de difusión de la cultura mapuche hacia las pampas argentinas.

Los espesos bosques naturales, donde dominaba el *pewen* (*Araucaria araucana*, conífera nativa), caracterizaban los faldeos occidentales de la cordillera (*inapire mapu*) o “tierra inmediata a las nieves”. El piñón, fruto de esta conífera, era el principal alimento del pehuenche o “gente de los pinos”, etnia cazadora y recolectora que recorría estos territorios gozando de la abundante fauna y flora de la región, pero sufriendo los rigores de su clima. Bajaban a los llanos durante el verano con animales, piñones, sal y rudimentarios artículos de cuero, los que intercambiaban por productos agrí-

colas, textiles y otros objetos manufacturados que les proporcionaban los mapuches. En ocasiones, estas incursiones ocasionaban correrías bélicas o “malones” en los que el pehuenche obtenía mujeres y botines de guerra. Fue a través de esta etnia que se “araucanizó” la pampa argentina, de modo que al finalizar el siglo XIX, la lengua mapuche unificaba a la población aborigen que habitaba estas latitudes, entre los océanos Pacífico y Atlántico.

Desaparecidos gran parte de los bosques de esta región, las escarpadas faldas de los Andes son utilizadas actualmente por los mapuches como campo de pastoreo y, en algunos casos, para actividades madereras. La recolección sigue jugando un papel primordial en la subsistencia de los grupos indígenas de esta zona y, dentro de ella, la cosecha anual del piñón, que guardan bajo tierra durante varios meses, les proporciona una insustituible materia prima para elaborar harinas, bebidas y otros productos alimenticios.

El *lelfun mapu* o “tierra de los llanos” goza de una excelente potencialidad agrícola. Los asentamientos indígenas se ubican en las riberas de la innumerable red fluvial que entrecruza esta zona. Atraídos por tales condiciones, la mayor parte de los asentamientos indígenas se estableció en estos territorios. Colaboró a este hecho el agradable clima continental sin temperaturas extremas, producido por el encierro de esta faja entre las dos cordilleras. La espesa flora que cubría los llanos fue talada por el mapuche desde épocas prehispánicas para establecer su asentamiento: pequeñas huertas y rudimentos cultivos agrícolas. La extensión y riqueza de

estos suelos determinaban una apreciable movilidad de los grupos que se trasladaban de un lugar a otro en busca de nuevos territorios que ocupar.

Separada por la cordillera de la costa, que presenta su mayor magnitud en Nahuelbuta, se encuentra la costa, *lafken mapu* o “tierra marina”, cuyos suelos son de baja productividad agrícola, lo que causa problemas en el abastecimiento de los grupos indígenas que la habitan. Complemento insustituible de la dieta del *lafkenche* o costino son los productos de la recolección marina, a la cual es gran aficionado. La gran abundancia de peces, mariscos y algas provocó un intenso poblamiento de esta región en épocas prehistóricas, del que dan testimonio los numerosos y espesos conchales que se encuentran a lo largo del litoral.

El *puel mapu*, “tierra del oriente” o *waithif*, tiene un lugar de extremada importancia en la concepción espacial mapuche, quien descubre estos territorios a través del poderoso vehículo del intercambio y el consiguiente proceso de mestizaje y aculturación. Las relaciones del mapuche con las tierras orientales perduran hasta hoy y se materializan en estrechas relaciones de parentesco y amistad que provocan frecuentes visitas de los habitantes de uno y otro lado de la cordillera. Estas relaciones se hicieron más estrechas por las sucesivas migraciones que provocó la pacificación de ambos territorios a fines del siglo XIX. Cualquier situación de peligro provocaba inmediatamente el traslado de grupos enteros de mapuches al otro lado de la cordillera, donde eran acogidos por sus vecinos que les brindaban hospitalidad y protección.

Actualmente y desde fines del siglo XIX, el mapuche ocupa las tierras que le fueron concedidas por el Estado chileno a sus ascendientes. Estas reservaciones le han hecho perder la movilidad de su estilo de vida, determinando asentamientos fijos que se han vuelto estrechos para mantener la creciente población que los ocupa. Las tierras se han subdividido en unidades cada vez más pequeñas y los recursos disponibles se han utilizado hasta el límite.

p. 30 Araucaria
(*Araucaria araucana*),
conífera nativa.

Fotografía de N. Piwonka.

p. 32 Inapire mapu o tierra
cercana a las nieves.
Al fondo, el volcán Llaima.

Fotografía de F. Maldonado.

p.33 Bosque deciduo
en el Inapire mapu.

Fotografía de F. Maldonado.











Vista aérea de la desembocadura del
lago Budi, en el Lafken mapu.
Fotografía de N. Pivonka.



Vista del Lafken mapu o litoral marino, en Alepué (“lugar distante” en lengua mapuche).
Fotografía de C. Aldunate.

El Lelfun mapu o valle central tiene un excelente potencial agrícola. Trigales entre las comunas de Galvarino y Chol-chol.
Fotografía de C. Aldunate.



Lafken mapu o litoral marino
Fotografía de C. Aldunate.



LOS ANTECESORES

MAPUCHE ✕
semillas de chile





El problema de los orígenes del pueblo mapuche interesó vivamente a los investigadores de comienzos del siglo xx. Algunos, basándose en argumentos etnográficos, sostenían que el “araucano” era un producto del mestizaje surgido como consecuencia de la irrupción de un grupo étnico conocido como *moluche*, grandes guerreros y cazadores que habitaban las extensas pampas argentinas, quienes habrían conquistado los territorios ubicados entre los ríos Bío-Bío y Toltén. Al mezclarse con la población autóctona, de costumbres sedentarias y agrícolas, este grupo habría quebrado la homogeneidad racial que existía entre el río Choapa y la isla de Chiloé. Se creaban así tres grupos: los picunches, habitantes del norte del Bío-Bío; los araucanos, población mestiza entre el Bío-Bío y el Toltén; y los huilliches, ubicados al sur de este último río.

Otros investigadores rechazan este mestizaje y abogan a favor de la unidad étnica del mapuche y su parentesco con las culturas septentrionales. Los trabajos arqueológicos y etnográficos de estas últimas décadas han puesto más énfasis en la historia cultural de los pueblos que habitaron en el sur de Chile, que en sus orígenes.

De esta manera, se ha comenzado a develar un panorama muchísimo más rico, variado y dinámico que el propuesto en épocas anteriores. Sabemos que desde hace varios milenios el hombre ocupó los ricos ambientes del litoral, aprovechando los inagotables recursos que ofrecía el mar, complementado con la recolección de vegetales y caza de aves y fauna de la región. A mediados del primer

p. 37 Familia mapuche.
Fotografía de Valck por cortesía del Museo Histórico y Antropológico Mauricio van de Maele, Valdivia, Chile; publicado en Alvarado et al. 2001.

p. 38 Figura antropomorfa bifronte (Nº 1923).
Fotografía de F. Maldonado.

milenio de nuestra era, llegaron poblaciones que ya conocían el arte de la cerámica y cultivaban algunos productos agrícolas en pequeños huertos, para lo cual despejaban los bosques y aprovechaban las lluvias de temporada. Los arqueólogos han dado el nombre de Pitrén a estos pueblos por haber sido detectados primeramente en este sitio, cerca del lago Calafquén. Estas agrupaciones se establecieron principalmente en las orillas de los lagos precordilleranos de la región, lo que permite sugerir una economía basada en la recolección. Enterraban a sus muertos con ofrendas, de las cuales han permanecido cántaros de cerámica muy bien facturada y cocida, con decoraciones incisas y modelados, a menudo de formas antropomorfas o zoomorfas, los que a veces conservan restos de pintura resistente en su superficie.

Alrededor de cinco siglos más tarde, al sur del río Bío-Bío aparecen asentamientos humanos que dejaron allí sus cementerios con enterramientos de párvulos y adultos en grandes urnas de cerámica, acompañados de ofertorios con cerámica pintada con líneas negras o rojas sobre engobe blanco y a veces con restos de adornos de cobre. Estos sitios funerarios se encuentran generalmente ocupando el valle central al lado de los ríos, con una notable concentración en la zona de Angol y específicamente en la localidad de El Vergel, sitio cuyo nombre también alude a estos antiguos habitantes. Muy probablemente estos pueblos ya cultivaban maíz, porotos, quínoa (o *dawe*, pequeño grano indígena), ají y calabazas en las riberas y lugares húmedos y hacían incipientes canalizaciones para regadío. Este

Mortero antropomorfo.

Fotografía de F. Maldonado.



énfasis agrícola de las agrupaciones El Vergel es sugerido por la ubicación de los cementerios en lo que ha sido hasta hoy uno de los centros agrícolas más importantes de la zona, por la calidad de su tierra y la protección de la cordillera de Nahuelbuta, que le da condiciones de mayor continentalidad.

La gente de El Vergel debe haber tenido contactos con la gente de Pitrén, pues se ha demostrado la coexistencia de ambas agrupaciones ocupando lugares diferentes. Por otra parte, también está documentada para esta época la presencia de grupos cazadores y recolectores en la cordillera pertenecientes a otra tradición cultural.

El impacto de la conquista hispana de estos territorios produce un fuerte y súbito trastorno en la vida de las poblaciones autóctonas, las que responden a la presión conquistadora con una fuerte cohesión. Una explicación viable para este proceso es que los diferentes pueblos que habitaban estos territorios se unen, incorporando elementos étnicos y culturales serranos, transcordilleranos y también hispanos. Este verdadero proceso de homogeneización cultural ha llegado hasta nuestros días bajo el nombre de cultura mapuche.

Es así como hoy se advierten en el pueblo mapuche elementos de los primeros pueblos andinos que domesticaban los animales y las plantas, provenientes de su ancestro Pitrén. La tradición horticultora y la cerámica decorada, conocida hoy como Valdivia, seguramente le llegó a través de los pueblos El Vergel que también formaron parte de su acervo genético. Por último, la economía ganadera y la tradición ecuestre sin duda provienen de

elementos hispanos, que también se advierten en el mestizaje.

Queda, sin embargo, mucho camino que recorrer en estos campos. Se deben intensificar los estudios de los escasos restos humanos exhumados en cementerios, poner más énfasis en excavaciones estratigráficas y hacer trabajos comparativos en los distintos nichos ecológicos para contribuir a despejar las incógnitas que aún persisten. Desgraciadamente, las condiciones climáticas de la región conspiran contra la labor de los científicos, impidiendo la conservación de los restos orgánicos con lo que se pierde gran parte de las escasas fuentes de interpretación disponibles para dilucidar el pasado prehistórico del mapuche. Como contrapartida, sin embargo, el especialista cuenta con la presencia viva de la población actual, la que, a pesar de las influencias foráneas recibidas, conserva gran parte de su acervo cultural tradicional. El estudio de este material etnográfico, bien aprovechado, debería suplir con creces la falta de antecedentes arqueológicos.

Cántaro antropomorfo (N° 1425).

Fotografía de F. Maldonado.

p. 44 — p.45 Primeras representaciones de indígenas “araucanos” en las crónicas de Fray Diego de Ocaña (1599-1605).





indio del Valle de Arava.



india Araucana del mismo Val



Jarro o metawe (N° 1481), cultura
Pitrén, siglo VII.

Fotografía de F. Maldonado.

Cabeza de maza con representaciones
zoomorfas (N° 0215).





Pipas de piedra, o quitra,
siglos X - XVIII.
Fotografía de F. Maldonado.



RIQUEZA Y GUERRA



MAIPO
sentido de Chile





Jefes guerreros a caballo.

Fotografía de O. Heffer, 1910.

p.51 Combate entre mapuches y soldados chilenos, en las crónicas del viajero alemán P. Treutler (1882). (detalle).

Ilustración por cortesía de la Biblioteca Nacional de Chile.

Durante la segunda mitad del siglo xv de nuestra era, el inka incorpora a su extenso imperio los territorios meridionales, que pasan a formar parte del *Kolla Suyu* o “reino del sur”. El control efectivo del imperio, sin embargo, al parecer sólo llega hasta el río Maipú, extendiéndose hacia el sur de este límite solamente en enclaves militares que deben haber cumplido la función de resguardar la frontera de los territorios dominados. Al sur del Maule, la conquista es resistida tenazmente por grupos indígenas que, aprovechando los densos bosques favorables para la defensa, mantenían replegadas a las tropas invasoras, impidiendo su avance hacia el sur. Estos indígenas fueron llamados *aukas* o *purun aukas* que, en la lengua del inka, el quechua, significa enemigo, rebelde o salvaje.

De este modo, el inka allanó el camino a la conquista española. Ésta, al dominar el Cusco, centro administrativo y político del imperio, y someter a su cabeza, sustituyó el núcleo de la rígida organización jerárquica del imperio y facilitó el avance del europeo por todos los territorios que lo integraban. Los adelantados iberos llegan a Chile con dignatarios de la corte sometida que facilitan el paso a los nuevos conquistadores. Es, precisamente, en los confines meridionales del imperio donde son detenidos por los mismos *aukas* o rebeldes que el inka no había logrado someter.

Al mando de don Pedro de Valdivia, las tropas españolas vencen esta resistencia, llegan hasta la Isla Grande de Chiloé, pero no logran afianzar el dominio de estas tierras, y los sucesivos ataques

y alzamientos indígenas culminan con el desastre de Curalaba, la destrucción de siete ciudades españolas y el repliegue de las fuerzas hispanas a la margen norte del Bío-Bío. Esta frontera es consagrada jurídicamente en el Parlamento de Quillín, celebrado el 6 de enero de 1641. Aquí se reconoce la autonomía de los indígenas ubicados al sur de este río y la independencia de estos territorios, situación que se mantiene por espacio de todo el período colonial y casi un siglo después de instaurada la República. Este período de permanentes luchas, conocido como la Guerra de Arauco, obliga a España a fortificar las fronteras y mantener un ejército profesional para defenderlas, hecho inusitado en las colonias americanas.

Si bien el español renuncia a la conquista de los territorios ubicados al sur del río Bío-Bío, debido a la pertinaz resistencia indígena, no toda esta región se comporta de la misma manera ante la invasión conquistadora. Mientras los mapuches que habitan entre el Bío-Bío y el Toltén mantienen celosamente su independencia y no admiten penetración alguna, los del sur de Toltén, menos en número y poco cohesionados, admiten la instalación de enclaves militares y misionales a partir de la segunda mitad del siglo XVII. Estos establecimientos, si bien no alcanzaron a facilitar una colonización de los territorios en que estaban ubicados, fueron fuente de transformaciones en el modo de vida de aquellos grupos indígenas que vivían en sus cercanías. En consecuencia, mientras en la región de la Araucanía se mantiene con notable vigor la vigencia de las instituciones tradicionales mapuches, en Valdivia

se configura otro esquema sociocultural, similar al existente al norte del Bío-Bío, y que se caracteriza por la creación de vías y medios de contacto entre el indígena y el español.

Los fuertes de las fronteras y las misiones jesuitas y franciscanas adyacentes permitían el desarrollo de una variada gama de relaciones económicas y de cooperación bélica. Los caciques de los grupos cercanos a estos establecimientos eran nombrados funcionarios oficiales de la corona, recibían bastón de mando en su calidad de gobernadores y cooperaban con el español en la guerra contra los rebeldes, al tiempo que eran protegidos de las incursiones y “malones” de estos últimos. Eran denominados “indios amigos” y formaban tropas comandadas por capitanes. Otra institución de más tardía creación y que sobrevivió a la Colonia fue la de los “comisarios de naciones”. Estos plenipotenciarios e intérpretes eran verdaderos embajadores destacados ante los grupos indígenas. Su presencia era indispensable en los parlamentos o juntas que se celebraban periódicamente y cuyos acuerdos o resoluciones rara vez eran cumplidos.

Uno de los aportes españoles que mayor impacto tuvo en la transformación del modo de vida mapuche y en la mantención de la secular Guerra de Arauco, fue el caballo. Este elemento que los indígenas obtuvieron primeramente y con gran dificultad de los conquistadores y después en grandes cantidades por medio del intercambio con las etnias transcordilleranas, fue incorporado a su modo de vida con extrema facilidad, al punto de convertirse en la mejor arma para la mantención

Elementos ecuestres utilizados por un mapuche en el Inapire mapu o tierra cercana a las nieves.
Fotografía de F. Maldonado.



del estado de guerra, otorgando a este pueblo una movilidad sin precedentes.

El mapuche hace de la guerra un sistema de vida. A través de ella obtiene prestigio, sustento y mujeres. Los denominados “fronterizos” que habitaban al sur del Bío-Bío destacan como guerreros por sus excepcionales aptitudes, modo de vida y completa dedicación. Los “imperiales” en cambio, ocupaban la región del Cautín y vivían en forma más sedentaria y tranquila, pero cooperaban a la guerra con soldados y armas. Son frecuentes las alianzas guerreras, y en este sentido, es de gran importancia el papel que juega el pehuenche o habitante de las faldas cordilleranas que, dedicado a actividades cazadoras y recolectoras y con un sistema de asentamientos no permanentes, caracteriza a un pueblo de excepcionales aptitudes bélicas. Este indígena tuvo un papel preponderante en la defensa de la frontera del Bío-Bío.

La Guerra de Arauco obliga al mapuche a organizarse de manera eficaz, tanto para defenderse de los continuos ataques del español, como para tomar ofensivas. La cohesión indígena en cuanto a las empresas bélicas está representada por la institución del *toki* o jefe guerrero, elegido por sus aptitudes de líder y destreza táctica cada vez que surge un conflicto de proporciones. Este personaje aúna a varios grupos y a veces a regiones enteras bajo su mando y es obedecido ciegamente. Una vez desaparecido el peligro, cesaba la actividad y autoridad de este líder y retomaban vigencia las instituciones de tiempos de paz. Las empresas bélicas indígenas que asombraron al español por su organización, no pue-

Elementos del arte ecuestre mapuche.
Fotografía de N. Pivconka.



den entenderse sin este importante elemento. Esta cohesión circunstancial para la guerra se materializa en los fuertes contruidos por los indígenas, tan bien descritos por los cronistas de los siglos XVI y XVII, en cuyo interior se refugiaban cientos de guerreros y sus familias en los momentos de peligro. Invariablemente, terminado un conflicto, se convocaba a una junta o parlamento, donde acudían representantes españoles e indígenas y se llegaba a acuerdos de paz, estableciendo condiciones de tráfico, de intercambio y determinando fronteras. Estas reuniones, que se celebraban con gran ostentación y daban lugar a festividades donde se intercambiaban obsequios, terminaban con la suscripción de documentos que daban fe de los acuerdos alcanzados. Era de extrema utopía el creer que los representantes de los indígenas tendrían algún poder coercitivo sobre su gente como para exigir el respeto de tales compromisos. En tiempos de paz, los *lonko* o caciques no representaban a sus grupos y tenían sobre ellos una influencia muy limitada, circunstancia que producía nuevos roces y motivaba otros enfrentamientos.

De esta forma se mantiene la encarnizada Guerra de Arauco, por espacio de casi tres siglos, resultando inútiles los esfuerzos para sojuzgar al mapuche. Sacerdotes, militares y administradores de la corona española envían periódicos informes a la península tratando de justificar la mantención del ejército de Arauco. Se escriben varios libros en que el español trata de explicar la tenaz resistencia del mapuche y diseña estrategias y tácticas para doblegarlo. El más famoso fue *La Araucana* de Alo-

nso de Ercilla y Zúñiga, publicado en tres ediciones a partir de 1574.

Recién a fines del siglo XIX, el gobierno republicano logra pacificar por completo a este pueblo e incorporar plenamente a la soberanía nacional el territorio, hasta entonces insurrecto, que se extendía entre los ríos Bío-Bío y Toltén. La actual Región de los Lagos había sufrido un proceso diferente: a partir de las buenas relaciones existentes con los indígenas de esos territorios y la existencia pacífica de los enclaves militares y misionales, se comienza a gestar un proceso de ocupación y colonización, que culmina con la llegada de los inmigrantes extranjeros a mediados del siglo XIX.

Con la “pacificación de la Araucanía” se inicia el proceso de colonización y concesión de las tierras indígenas. A las familias mapuches se les conceden mercedes en los territorios sobrantes. El aumento demográfico ocurrido durante el siglo pasado ha incidido en una exagerada división de las tierras dentro de cada comunidad, produciéndose un extremo minifundismo, con los problemas económicos y sociales consiguientes.

Batalla de las Cangrejeras, según F. Núñez de Pineda y Bascuñán (1673).
Ilustración por cortesía de la Biblioteca Nacional de Chile.





“Valiente cacique Catrileo y su familia”, fotografía tomada por don David Honorato (Angol, 1863).



Paz entre españoles e indios (1641).
Ilustración por cortesía de la Biblioteca
Nacional de Chile.



Combate entre mapuches y soldados
chilenos, en las crónicas del viajero
alemán P. Treutler (1882).
*Ilustración por cortesía de la Biblioteca
Nacional de Chile.*



*Præeunte Deipara Hispanorum exercitum Indi qui Civitatem obsidebant, eam videntes in
ipforum oculos pulverem conspergentem perterriti fugerunt in Chile*

Enfrentamiento entre españoles e indígenas hacia 1640, según Alonso de Ovalle (1646).

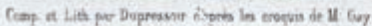
Ilustración por cortesía de la Biblioteca Nacional de Chile.

*celebrado en Spínco - Diciembre 24 de 1869 - entre el coronel Dr. Cornelio Saavedra
i las tribus de la Costa.*



Moelin Olacuenaga Raiman
Padre Palavicino Coronel Saavedra Intérprete Parra Paimonal
Mauricio Kiluges

**“Entierro del cacique Cathiji en
Guanegue”, mayo 1835. Grabado de
C. Gay (1854).**
*Ilustración por cortesía de la Biblioteca
Nacional de Chile.*



doi:10.1017/S0007122612000091

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

MAPUCHE ✱
semillas de chile





Clava cefalomorfa (N° 1397), símbolo de poder.

Fotografía de F. Maldonado.

p. 67 Retrato de un jefe guerrero hacia 1910.

Fotografía de O. Heffer.

El mapuche concibe una organización patriarcal de la familia. El jefe indiscutido de ella es el hombre y sus opiniones y decisiones son aceptadas sin discusión. Es el representante de los intereses de la familia dentro del grupo.

En épocas prehispánicas y en tiempo de paz, la base de la autoridad dentro de la extendida familia que componía el grupo local, era el *lonko* o cabeza, representado por el miembro masculino de más prestigio y, generalmente, el *ülmen*, hombre más rico de la comunidad. Entre los demás miembros del grupo, la autoridad y ascendiente de este personaje se basaba en su riqueza, buen criterio y elocuencia. Aparte de su mejor nivel económico, que se refleja en la *ruka* de grandes proporciones y un mayor número de mujeres que los demás miembros, llevaba una vida en todo semejante a éstos.

La prudencia del jefe en su relación con los subordinados era fundamental. Para toda resolución que afectara a la comunidad debía consultar con los demás jefes de familia y no se le aceptaban actitudes de autócrata. En la siembra y cosecha de sus campos y la construcción de su casa, era ayudado por todo el grupo, mediante la institución del *lof kudau*, ocasión que aprovechaba para festejar espléndidamente a su gente, reafirmando de esta forma su prestigio dentro del grupo y redistribuyendo sus riquezas.

La cohesión social, en consecuencia, no giraba solamente en torno a este jefe, sino, principalmente, a los estrechos vínculos de parentesco que unían a los miembros del grupo y a las relaciones de solida-

Insignia de mando (N° 1117).
Fotografía de E. Maldonado.



ridad y cooperación que allí se producían. El patrón disperso de poblamiento, la gran movilidad de los grupos y la posibilidad de que los que disientían de la autoridad del jefe formaran otro grupo y se establecieran en otro lugar, cooperaban a la debilidad del vínculo de subordinación al *lonko*.

La conquista española introduce modificaciones a la organización social mapuche. En los territorios dominados, los conquistadores, para afianzar su imperio, imponen un régimen de mayor estratificación social. La corona hispana incluso nombra a los caciques gobernadores y funcionarios administrativos, dándoles bastón de mando, en nombre del rey. Esta situación también se da en algunos grupos del sur del río Toltén, donde los españoles establecen sus enclaves militares y misionales.

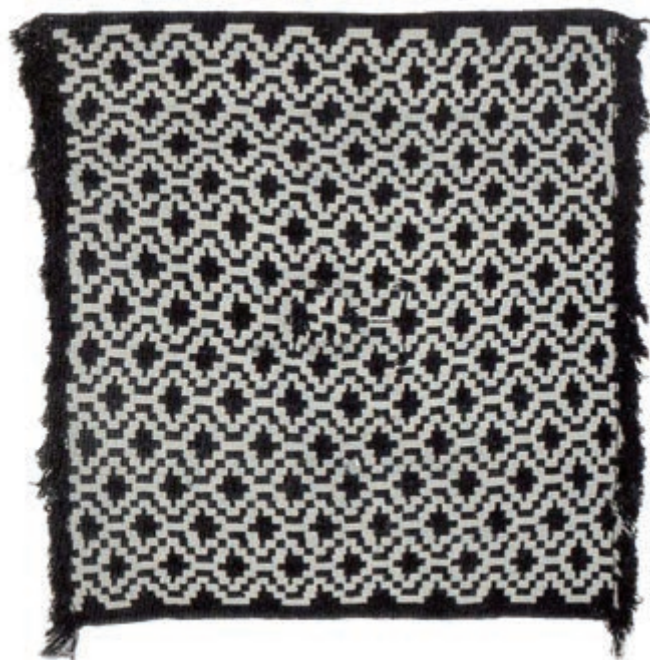
El impacto de la guerra en la Araucanía obliga al indígena a establecer un sistema de fuerte cohesión para la guerra: el *toki* o jefe guerrero, que no duraba más allá que el conflicto bélico para el cual era elegido.

El sistema de reducciones que el Estado chileno establece una vez pacificados totalmente los territorios indígenas, produce una mayor dependencia de los miembros respecto a la autoridad del cacique, pues se le reserva a éste el derecho a repartir las tierras a los integrantes de cada comunidad. A pesar de esto, el sistema tradicional no ha sufrido mayores modificaciones, pues las decisiones fundamentales que afectan los intereses de la comunidad se siguen tomando con la participación de todos los miembros de mayor prestigio del grupo. En cada comunidad hay distintos grupos de pre-

Toqui-Cura, hacha de piedra, pectoral del jefe guerrero.
Fotografía de F. Maldonado.



sión, lo que hace muy difícil la unión de los mapuches y la puesta en marcha de planes de desarrollo en sus territorios. La reciente política de dividir las tierras comunes entre las familias de cada reducción, contribuirá a una mayor desintegración social y política de la sociedad mapuche. Actualmente, las autoridades chilenas están estudiando una nueva ley destinada a proteger la tradición mapuche en el marco de una economía nacional moderna.



Sañitrarinmakuñ (N° 1720) o poncho de un paño, tejido en telar vertical y teñido con técnica de amarras.



Trutruka, instrumento de viento
fabricado a partir de un colihue
ahuecado, con un cuerno de vacuno
en el extremo.
Fotografía de F. Maldonado.



Manta de un jefe mapuche.
Fotografía de F. Maldonado.



Sobremakuñ (N° 1915) o manta.



*Makuñ (N° 3556) o manta.
Fotografía de N. Picconka.*

FAMILIA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL

MAPUCHE
semillas de chile





Juego de la chueca hacia 1713, en las crónicas del francés M. Frezier (1716).

p. 77 Mapuche arando la tierra, en la comunidad de Trapa-Trapa, Alto Bío-Bío.

Fotografía de F. Maldonado.

Cuando el actual visitante se aproxima a la *ruka* o vivienda mapuche, el ladrido de los perros anuncia su llegada. Salen los niños curiosos a investigar la presencia del extraño y corren a llevar noticias a su madre, quien invita a pasar al interior de la casa y ofrece asiento y bebida al viajero cerca del fuego que arde incesantemente. En verano, preparan asiento e instalan una mesa a la sombra de un manzano, donde el visitante tendrá oportunidad de saborear la fresca y picante chicha de manzana.

Aquel que no conozca las costumbres mapuches, quedará asombrado por el orden y limpieza que reina en el hogar, la educación y obediencia de los pequeños y la manera fácil y tranquila en que transcurre la vida familiar.

La mujer está en constante movimiento cuidando de sus hijos, preparando alimentos y en otras labores domésticas. Cuida la pequeña huerta, los animales menores y aves. En sus horas más apacibles se sienta con su huso y tortera a hilar la lana de la esquila con la cual después tejerá coloridos ponchos, frazadas, cobertores, fajas y otros textiles. La cerámica y cestería son, asimismo, labores femeninas que se realizan dentro de la casa en invierno y fuera de ella en las estaciones cálidas. En todas estas labores, la dueña de casa es ayudada por sus hijos menores e hijas solteras, que de esta manera reciben un adiestramiento de primera calidad para cuando llegue el momento de su matrimonio, en que abandonarán su hogar y formarán una nueva familia en la residencia de su marido.

El jefe del hogar es el hombre, que realiza sus labores cotidianas fuera de la casa. Estas se relacionan con la agricultura y el cuidado del ganado mayor y caballar. El mapuche, además, es un gran tallador de madera y poseedor de muy buenas técnicas para la industria del cuero.

En el verano, la vida familiar se desarrolla al aire libre, los pequeños juegan cerca de la *ruka*, los adolescentes cuidan de los animales y el padre y la madre están dedicados a sus diarias tareas. En el invierno, mientras la lluvia cae incesantemente sobre el techo de paja, la familia se reúne en torno al fogón y, haciendo caso omiso del humo que inunda el recinto y ennegrece las paredes, se lleva a cabo, en la intimidad de la casa, un proceso cultural de fundamental importancia: mientras las mujeres trabajan afanosamente en las labores domésticas, los miembros mayores se entretienen en largas conversaciones y discursos acerca de sus recuerdos, sus antepasados y las hazañas que se les atribuyen. Los niños, que observan silenciosa y atentamente esta escena cotidiana, van absorbiendo, de esta forma, la cultura de su pueblo. Se aprovecha de estos momentos para instruir a los pequeños en las normas de etiqueta, moral y buenas costumbres.

Para una familia mapuche, los hijos varones representan su perpetuidad. Se casan y establecen su hogar en las tierras paternas donde ayudan a sus padres hasta el fin de sus días, heredando, entonces, las tierras. Las mujeres, en cambio, sólo vivirán con sus padres mientras permanezcan solteras. Al contraer matrimonio, abandonan su sitio natal y establecen residencia en casa de su marido. Sus hijos

Niños pelando piñones. La recolección y almacenamiento de este fruto es una actividad que involucra a toda la familia.



pertenecerán al grupo de éste y perderán vinculación con las tierras maternas.

El parentesco corre por línea varonil. Es así como un joven, llamará “hermano” o “hermana” a los hijos del hermano de su padre, y le estará vedado el matrimonio con toda “hermana”, a riesgo de incurrir en una relación incestuosa. Por el contrario, el matrimonio entre primos cruzados (la hija del hermano con el hijo de la hermana) es un vínculo preferido por el sistema familiar y seguramente constituyó un matrimonio obligatorio en tiempos pretéritos.

Como los miembros solteros de un grupo de residencia están ligados entre sí por vínculos patri-lineales, los jóvenes deben buscar pareja fuera de la comunidad. Esta forma de matrimonio es calificada como exogámica.

Encontrada la pareja y una vez transcurrido el período de cortejo –que consiste en visitas periódicas al asentamiento de la novia efectuadas a iniciativa del futuro marido o con ocasión de fiestas sociales o rituales– el padre del novio, impuesto de los deseos de su hijo y una vez aprobada la elección, mandará un emisario o *werken* a casa de los padres de la novia, a fin de preparar el compromiso. Aceptado éste por los afines, los parientes y amigos del novio visitan en un día prefijado la casa de la futura esposa llevando dinero, animales, adornos y platería. Si los dueños de casa se sienten satisfechos con el monto y calidad de los obsequios, la pareja contrae matrimonio en una solemne ceremonia que da lugar a una fiesta. El padre de la mujer la llenará de obsequios, que pueden incluir su mejor

Asentamiento mapuche en el valle central.

Fotografía de N. Pivonka.



caballo. Transcurridos algunos días, el flamante matrimonio recibirá la visita de los padres de la novia, quienes llevarán pan y harina. Después de algún tiempo, una nueva casa será construida para el matrimonio, vecina a la *ruka* paterna.

El matrimonio por raptó era una forma tradicional que hoy está en desuso. El novio, sus parientes y amigos, robaban a la mujer elegida de la casa de sus padres y, consumado el matrimonio, se hacían las ofrendas sacramentales. Este hecho a veces era simulado, pero en otras era efectuado sin anuencia de los progenitores de la novia y menos con el consentimiento de ésta, lo que daba origen a verdaderas batallas.

La poligamia o matrimonio compuesto de un hombre con varias mujeres fue ampliamente conocida en la familia mapuche. Hasta hoy, los indígenas hablan con orgullo de sus antepasados que tenían muchas esposas y lo consideran símbolo de poder y riqueza. Corrientemente un hombre se casaba con hermanas de su primera mujer, lo que aseguraba un mejor entendimiento entre ellas. De todas formas, rigurosas reglas de etiqueta y organización impedían los roces a que dan origen este tipo de matrimonios. Cada mujer ocupaba un espacio determinado de la casa y tenía su propio fogón, donde cocinaba sus alimentos para ella y su prole. Sembraba una chacra distinta y criaba sus propios animales. La primera mujer gozaba de un mayor status y las demás debían obedecer sus órdenes. Muchas veces era ella la que pedía a su marido que llevara una nueva mujer a la casa por considerarse vieja y cansada y necesitar ayuda para el man-

Rebaños acorralados hasta el amanecer.

Fotografía de N. Pivonka.



tenimiento del hogar. La estrechez económica del indígena actual y las influencias de las costumbres occidentales, en especial del cristianismo, han determinado el desuso de esta costumbre.

La agrupación de varias familias ligadas por vínculos de parentesco patrilineales forma una comunidad que generalmente vive en un territorio de propiedad común. Espacialmente, sin embargo, los asentamientos mapuches no forman aldeas aglutinadas, sino que más bien son dispersos. Cada familia vive en su casa o *ruka* y en su derredor tiene los corrales, la chacra y las tierras que utiliza. Al parecer esta forma de ocupar la tierra, o patrón de asentamiento, es de raigambre prehispánica, pues los primeros conquistadores la describen como característica de esta región.

Relaciones de parentesco, proximidad espacial y lazos de cooperación y lealtad mantienen unidas a las familias que forman un grupo local. También son de vital importancia también para relacionar a los miembros de una comunidad, las creencias religiosas, que elevan a categorías divinas a los ascendientes y fundadores de los linajes, a los que les rinden culto todas las familias de cada agrupación.

El intercambio de mujeres, dentro del sistema de matrimonio exógamo, es uno de los vehículos más importantes para integrar a varias comunidades mapuches entre sí y forma un elemento de básica importancia para comprender la sociedad mapuche. Las relaciones matrilineales dan origen a vínculos de orden económico, como trabajos agrícolas o construcción de casas, y a eventos de tipo

lúdico o deportivo, como la chueca o *palín* (juego indígena similar al hockey). También, dentro de este nivel de integración social y cultural de la sociedad mapuche, se debe destacar la vital importancia que desempeñan las instituciones religiosas, las normas y valores, que mantienen la cohesión social.

Joven pewenche y su hijo, calzado según la tradición.
Fotografía de F. Maldonado.



Ruka, hogar mapuche.



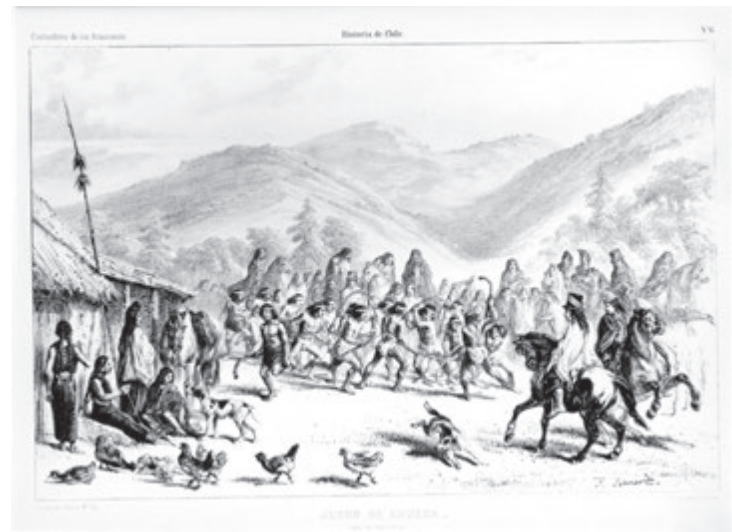


Familia mapuche hacia 1930.
Fotografía por cortesía del Museo Histórico Nacional.



Los niños mapuches eran transportados en el kupulhue o cuna vertical, siempre de pie y contemplando la naturaleza.
Fotografía de M. Thomas.





**“Juego de chueca entre los
araucanos”.**
Grabado de C. Gay (1854).

Hombres jugando chueca, siglo XX.
*Fotografía por cortesía del Museo Histórico
Nacional.*



Grupo familiar al interior de su ruka,
hacia 1920.

*Fotografía por cortesía del Vicariato
Apostólico de la Araucanía, Villarrica,
Chile; publicado en Alvarado et al. 2001.*



Retrato de mujer mapuche tejiendo a telar, hacia 1910.

Fotografía por cortesía del Museo Histórico Nacional.

LA ECONOMÍA Y LAS ARTES

MAPIPU
semillas de chile





Antes de la llegada del español, la actividad fundamental de subsistencia mapuche se relacionaba con la recolección de productos de la amplia y variada gama existente en la flora y fauna de la región. Probablemente, el hombre hacía expediciones de caza, junto con sus parientes masculinos, en busca de manadas de guanacos, venados pequeños u otros animales. Las mujeres, acompañadas de sus hijos, se dirigían a los bosques en procura de frutas silvestres de maqui, boldo, murta, frutilla y cóguil, con los que preparaba frescas bebidas fermentadas, o de yerbas tales como yuyos, cardos, nalcas y helechos para cocinar caldos que sazonaban con ají y grasa. En la precordillera, la actividad económica principal, junto con la caza, era la recolección del piñón, fuente alimenticia de los indígenas de aquella región.

El *lafkenche* o “habitante de la costa”, se internaba en el mar, aprovechando las bajas mareas, para extraer erizos, choros y machas o cazar jaibas y pancoras. Las mujeres recolectaban el cochayuyo y sus raíces o *huilte*, el luce (lechuga marina) y la lúa. Objeto de trabajo comunitario era la pesca que se practicaba mediante la técnica del arrastre usando redes fabricadas con fibras vegetales. Para la pesca individual se utilizó el arpón y tridente de coligüe (caña indígena).

La llama o *weke* (*Lama glama*) –llamada posteriormente *chiliweke*, para diferenciarlo del ovino europeo– fue domesticada por el mapuche, al parecer en reducidas proporciones, sobre todo si se compara con la ganadería de los Andes Centrales. La posesión del *weke* era símbolo de alcurnia y

p. 93 Recolección de piñones en Icalma.

p. 94 Recolección de cochayuyo.
Fotografía de F. Maldonado.

Carretas transportando paja para techar rukas, Nahuelbuta, 1977.
Fotografía de H. Niemeyer.



riqueza y la lana de estos camélidos era muy apreciada por constituir la única fibra que existía para la elaboración de textiles. No hay constancia de que el *weke* haya sido utilizado por el indígena mapuche como medio de transporte.

El cultivo de la tierra se limitaba a la mantención de pequeñas huertas familiares de porotos, habas, quínoa, calabazas, ají y papas y a la preparación de reducidos campos para el cultivo de maíz o *wa*, mediante la tala y roce de los bosques que tapiaban el territorio.

Estas labores de subsistencia determinaron que el asentamiento mapuche no fuera totalmente sedentario y fijo, sino que los grupos se fueran trasladando de un lugar a otro en busca de mejores tierras para procurar una óptima subsistencia.

Esta movilidad favorecía las relaciones de intercambio entre los grupos que habitaban diversos nichos ecológicos. Los *lelfunche* o “habitantes de los llanos” acudían a la costa en procura de productos marinos que los costinos intercambiaban por granos. La sal y el fruto del *pewen* que bajaban los pehuenches de las faldas de la cordillera eran elementos que gozaban de mucho aprecio en el valle.

Mediante el proceso de conquista y colonización, el europeo introduce extrañas especies vegetales y animales que se adaptan y son adoptadas por los indígenas con extrema facilidad. Dentro de ellas, ocupan un lugar preponderante el trigo y la cebada, entre los cultívenos, y la oveja, caballo y vacuno como animales domésticos. El manzano se adapta de tal manera al suelo y clima de la Araucanía, que en pocos años forma verdaderos bosques naturales,

Viajando hacia el este.



y sus frutos, llamados *manshana*, llegan a formar parte de los productos de recolección silvestre.

Mientras la población aborigen de las regiones pacificadas, en un acelerado proceso de mestizaje (mezcla racial y cultural), adopta un nuevo modo de vida determinado por las encomiendas agrícolas, el indígena de los indómitos territorios australes continúa con su tradicional asentamiento móvil, el que resulta exacerbado por la Guerra de Arauco y la introducción del caballo. La actividad agrícola, en consecuencia, no se desarrolla más allá de la adopción de nuevas especies. No ocurre lo mismo con la ganadería, la que sí se compadece con la movilidad de los grupos y que también se beneficia con la introducción de caprinos, ovinos, caballares y vacunos. Durante el período colonial, estas dos últimas especies llegaban de las pampas trasandinas a través del pehuenche y constituían un importante bien de intercambio con los españoles, los que entraban más allá de las fronteras en busca de ganado para después venderlo en los mercados de ciudades como Chillán y Los Ángeles.

Después de la pacificación de la Araucanía, reducidos los indígenas a las tierras concedidas por el Estado, se crea un vínculo de mayor permanencia entre el mapuche y el suelo. Paulatinamente disminuyen las labores de recolección de productos silvestres y se acrecientan, en cambio, las actividades agrícolas.

Recién en este momento y a partir del siglo xx se puede hablar con propiedad de una economía agrícola entre los mapuches. Aunque limitados por sus condiciones económicas, adquieren técnicas

de cultivo, rotación de suelos y uso de animales de arado a través del contacto con los campesinos. Los fertilizantes y la maquinaria de cultivo y cosecha, son, por esta misma razón, accesibles sólo a un número muy limitado de comunidades. Por otra parte, las técnicas de siembra y cosecha no son siempre las más adecuadas a la conservación del suelo y el mejoramiento de la producción.

Gran parte del terreno otorgado a las comunidades mapuches tiene un relieve de lomajes, los que debieran ser aterrizados o arados en círculos para sembrarlos, aunque lo ideal sería conservarlos como recursos forestales. El mapuche que debe trabajar intensamente estos suelos para subsistir, desconoce estas técnicas y es agente involuntario de una acelerada erosión de los campos, la que adquiere los caracteres de una verdadera catástrofe en las tierras pertenecientes a las comunidades de la costa.

Aún se conservan los *laf kudau* o trabajos de grupo para ciertas labores agrícolas como la siembra o cosecha en las tierras de algún personaje importante de la comunidad, el que convoca a parientes y amigos a las faenas, recompensándolos con festejos. Antiguamente, la trilla de trigo, principal cultivo mapuche del período posthispánico, se practicaba en un gran baile en que las parejas daban sobre las espigas a fin de desgranarlas, al son de tambores (*kultrun*) y pitos (*pifillka*). Hasta hoy, la época de la cosecha es considerada como un período festivo y da origen a un incremento de visitas entre los parientes así como a un mejoramiento en la calidad de las comidas y el consumo de grandes cantidades de carne.

La papa (*Solanum tuberosum*) es un tubérculo oriundo de América. Uno de sus orígenes se encuentra en el territorio mapuche.



Otras labores en las que aún se emplea el *lof kudahu* o *mingaco* son aquellas que se hacen en beneficio de toda la comunidad, tales como la limpieza de canales, construcción y reparación de caminos y puentes y la preparación del campo, ritual donde se celebran las rogativas de fertilidad.

Menos frecuente es el *rukan* o celebración en la construcción de la casa de paja, que daba origen a fiestas de larga duración y hermoso colorido.

La *ruka* mapuche que primitivamente parece haber sido de grandes dimensiones, con superficies que variaban entre los 120 y 240 metros cuadrados, y albergaba a un grupo familiar extenso, compuesto por una gran cantidad de parientes, era construida por todos los vecinos de la localidad, los que ayudaban a cortar los robles, arrancar ramas y paja y trenzarlas con enredaderas para levantar los muros, que posteriormente eran recubiertos por manojos de hierba “ratonera”. Preparado el terreno, se excavaban los huecos de los postes y se diseñaba el contorno de la habitación. El revestimiento de los muros y techos con vegetales servía como un aislante de primera calidad contra las inclemencias de la temperatura exterior. Aún se conserva este tipo de construcciones, las que son preferidas en algunos lugares como habitaciones por ser frescas en verano y abrigadas en las temporadas frías.

Entrando a la *ruka*, se distinguen varias secciones. En la interior, opuesta a la entrada, se guardan los cántaros de chicha (jugo de fruta fermentado) y *mudai* (licor de maíz), junto a los sacos de granos y bultos o baúles con ropas y utensilios. En la parte central se encuentra el fuego, a los lados de

Mujer mapuche recolectando plantas.
Fotografía de N. Piwonka.



éste, las camas y colgando del techo, ristras de ají y maíz. La entrada de la casa está orientada generalmente hacia el este y es en esa parte donde la mujer instala su telar para tejer en invierno. En ambos extremos del techo existen orificios de ventilación o *ullon-ruka* por donde escapa el humo del fogón.

En este escenario transcurre la vida de la mujer mapuche. Aquí se muele la arcilla que mezcla con *uku* para darle consistencia; humedece y amasa la mezcla con la que modelará cántaros, tazas, ollas y platos a partir de una larga cinta de greda que se va enrollando sobre una base hasta que la alfarera logra la forma requerida. Se alisa la superficie y se calcina el modelado en el fuego.

El hilado de los vellones de lana es ocupación de toda mujer mapuche en sus momentos de ocio. Con su huso girando en torno a la tortera van produciendo hilos de distinto grosor dependiendo de la prenda que piensan fabricar. En el proceso del teñido usarán *nalca* o *relvun* para los tonos rojos, maqui o barro para los negros, cochayuyo o radial para los pardos, fuera de las tinturas artificiales que comprarán en los mercados urbanos. Para tejer las frazadas, mantas, choapinos y alfombras usarán el telar vertical, en que distribuirán los complicados diseños y símbolos que se han transmitido de generación en generación. Las fajas de hombres y mujeres, de textura y tejido más finos, se tejerán en telares horizontales, tendidos en el suelo, como los usados en los Andes Centrales.

Las actividades masculinas, por el contrario, se desarrollan generalmente fuera de la *ruka*. El hombre es un gran trabajador de la madera, la que

Transporte de cochayuyo.



labra con azuela, fabricando tejas, instrumentos de todo tipo y toda clase de artefactos de uso doméstico, tales como bancos, platos y recipientes. La estatuaria mapuche es principalmente de madera y se distinguen en este arte los *rewes* o escalas ceremoniales de los chamanes, los *nguillatué* o figuras antropomorfas que representan a las deidades y presiden las rogativas, y los *mamulche* o estatuas funerarias que representan figuras humanas. Con cuernos y madera elaboran elementos musicales, entre los que destacan la *pifillka* (pito), el *kultrun* (tambor) y la *trutruca* (trompeta). Son escasos los que se han especializado en la metalurgia y merecen especial mención por su destreza y creatividad los plateros, que fabricaban las joyas femeninas, anillos, pulseras, tocados, pectorales y prendedores, así como los aderezos para monturas y aperos de jinete, que constituían el mayor orgullo de un cacique u hombre poderoso de Arauco.

Estas artesanías han sufrido un menoscabo con el acceso mapuche a los mercados urbanos, por ejemplo en la ciudad de Temuco, que les proporcionan sustitutos de cómoda y fácil obtención. Es así como los *chamal* y *chiripa* masculinos y los *keпам* o prenda de vestir femenina, que consistían en paños tejidos en telar, fueron rápidamente reemplazados por productos de procedencia industrial urbana. El efecto imitador influyó no sólo sobre la vestimenta mapuche, sino también en la adopción de nuevos utensilios de uso doméstico, que implican la desaparición de los tradicionales. Persiste, sin embargo, el arte textil mapuche, pues las mantas, frazadas, lamas y choapinos representan productos

artesanales cuya calidad la industria no ha podido superar y que continúan llenando una necesidad de actual vigencia dentro de la vida doméstica. La desmedrada situación económica de las familias mapuches las ha obligado a recurrir a la venta de sus joyas de plata tradicionales, las que son requeridas por coleccionistas.

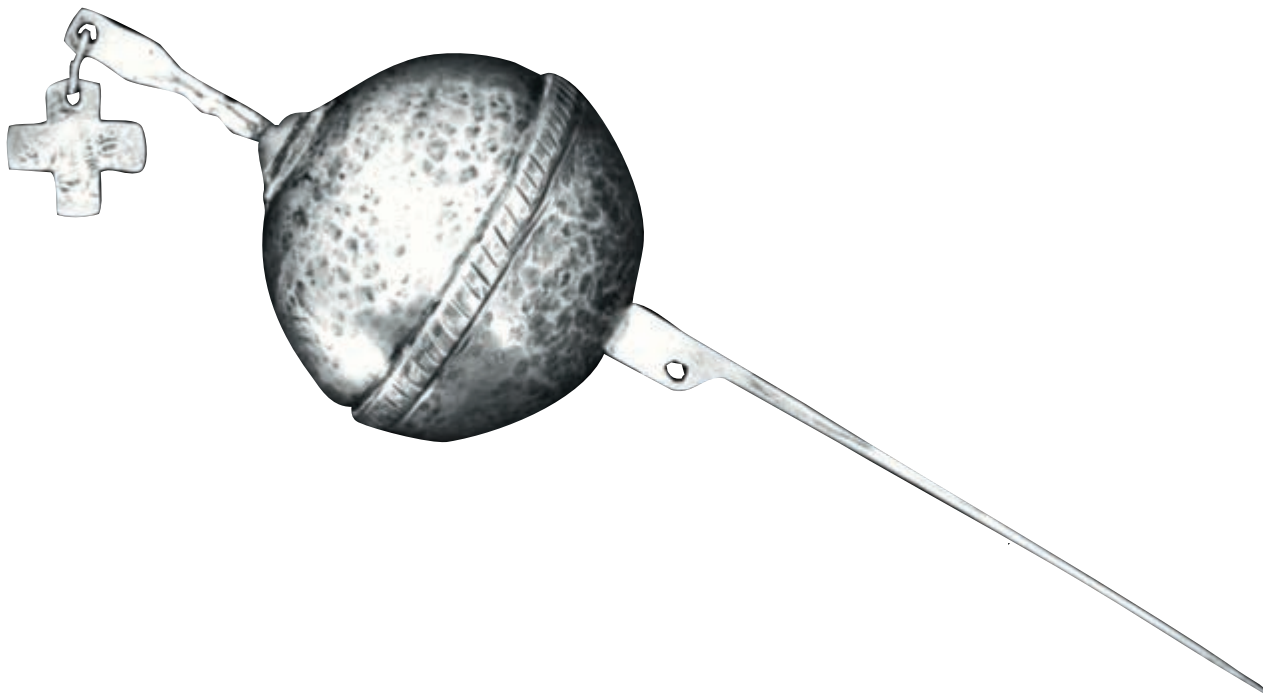
p. 103 El chañuntuko representa una síntesis del arte textil y ecuestre, ambos aspectos fundamentales en la vida del mapuche.

Fotografía de F. Maldonado.





Sequil (N° 2669), pectoral femenino,
siglo XIX.
Fotografía de F. Maldonado.









Collar de plata, siglos XVIII - XIX.
Fotografía de D. James Dee.



**Topu (N° 1251), alfiler o punzón,
siglo XVIII.**

p. 110-111 Diferentes fajas mapuches.
Fotografía de F. Maldonado.







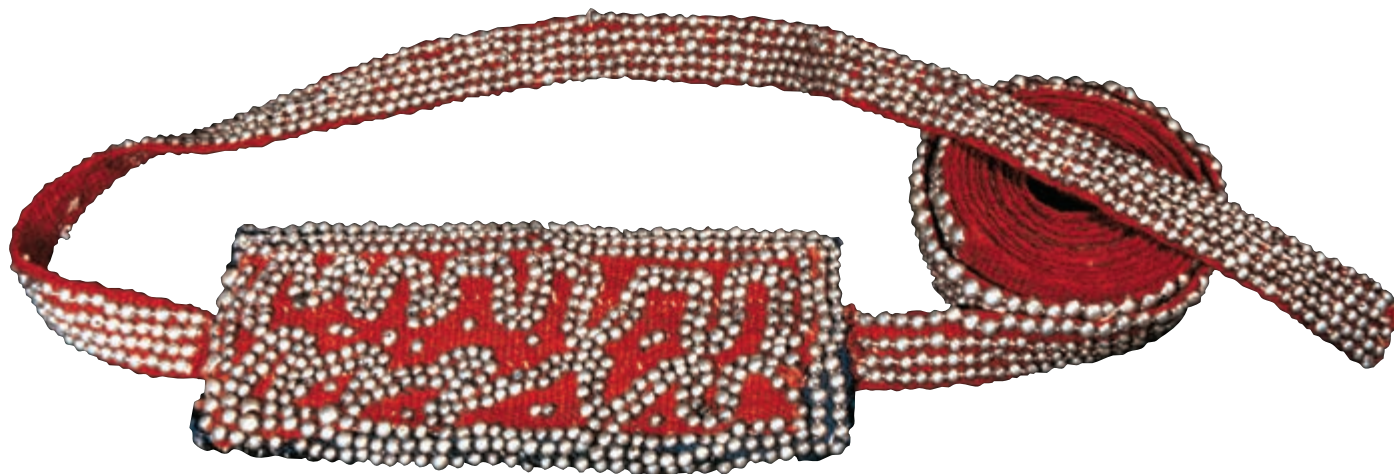
Tralal-Tralal (N° 1236), broche
ornamental de plata, siglo XIX.
Fotografía de F. Maldonado.



Sequil de cadenas (N° 1200),
pectoral femenino, siglo XX.
Fotografía de F. Maldonado.



Ngutroc (N° 1283) o tocado
femenino, siglos XIX - XX.
Fotografía de F. Maldonado.



Ngutroe (N° 1283) o tocado
femenino, siglos XIX - XX.
Fotografía de F. Maldonado.



Sobremakuñ (N° 2870) o manta.
Fotografía de F. Maldonado.



Sobremakuñ (N° 2870) o manta.
Fotografía de F. Maldonado.



CREENCIAS Y VALORES



Bailarines del nguillatun.

*Fotografía de Cl. M. Janvier. Photothèque
du Musée de l'Homme, Paris, France;
publicado en Alvarado et al. 2001.*

**p. 121 Ceremonia del nguillatun en
Lelfun mapu o valle central.**

En la necesidad de explicar su mundo, formular juicios y jerarquizar valores, la cultura mapuche está dotada de un rico bagaje de creencias, así como de una variedad de ritos que permiten al hombre ponerse en contacto con las fuerzas de la naturaleza y las sobrenaturales. El *machi* o chamán, que pone en contacto y media entre estos dos mundos, juega un papel fundamental en este sistema cosmológico.

La región celeste o *wenu mapu* está poblada de una pléyade de dioses que ocupan distintos lugares en una jerarquía bien establecida. En la cúspide del panteón se encuentra un personaje mítico que actualmente designan con el nombre de *Ngenemapun*, “dueño de la tierra”, o *Ngenechen*, “dueño de los hombres”. Este rey o principal es poseedor de dos pares de atributos opuestos: sexo masculino-sexo femenino y juventud-ancianidad, los que dan origen a cuatro personajes: el Anciano, la Anciana, el Joven y la Muchacha. Este ser supremo llevó al pueblo mapuche al lugar que hoy habita y vela eternamente por su bienestar. Vive en un lugar indeterminado de las regiones superiores del cielo.

Algunos cuerpos celestiales como la luna (*killén*), el lucero del alba (*wuñelfe*) y las estrellas (*wanglén*), también están deificados, y su influencia se hará sentir directamente sobre el chamán, cuyas dotes premonitorias y de taumaturgia dependen de estos seres astrales. En las rogativas se solicita la intercesión de seres ya fallecidos que han alcanzado alturas míticas. De este modo, se invoca a los guerreros, caciques y antiguos *machi*. Los antecesores y fundadores de los linajes también han pasado a

tener un lugar en el cielo o *wenu mapu* y de ellos se espera que continúen velando por la seguridad y prosperidad de sus descendientes, de la misma manera como lo hicieran en vida. A menudo, estos espíritus también presentan ambos pares de oposiciones que se describieron para el ser supremo, de modo que es frecuente en la plegaria la invocación al Anciano Machi, la Anciana Machi, el Joven Machi y la Joven Machi. Lo mismo se repite con los demás seres míticos y los antepasados.

Los espíritus de los gloriosos antepasados de un linaje se personifican en el *Pillán*, que vive detrás de las montañas, en el oriente o *puel mapu*. Es considerado como aquel de los seres sobrenaturales que está más cerca del hombre, por lo que su invocación constituye el primer peldaño en el ascenso hacia el mundo sagrado.

Las fuerzas naturales, íntimamente ligadas a las creencias, han dado una connotación mítica a las partes de la tierra. Dos puntos cardinales están relacionados con el Bien: el sur, portador de buenos vientos que traerán bonanza, suerte y abundancia, y el oriente que es el lugar más cargado de sentido religioso. De este modo, por lo general, la *ruka mapuche* tiene su entrada hacia el este; los *nguillatué* o figuras de madera antropomorfas que presiden el *nguillatun* o rogativa, también están orientados hacia la cordillera, sitio que debe mantenerse despejado mientras dure la ceremonia. El *machi* instala su *rewe* hacia este mismo punto de manera que al mirarlo, dirija hacia el Oriente sus plegarias.

Los colores del cielo, azul y blanco, están cargados de valoraciones positivas y se relacionan con los objetos sagrados. Las banderas o estandartes de los *machi* sólo mezclan estos colores. La estatuaría sagrada es decorada con dos líneas paralelas, azul y blanco, que pintan bajo los ojos y sobre la nariz de las figuras. De esta misma forma pintan la cara de los participantes del baile en el *nguillatun*, oportunidad en que es considerado de buen gusto vestir con prendas que lleven estos colores.

El *folie* o canelo es el árbol sagrado por excelencia, portador de atributos divinos y mensajero de la paz. El *maqui* (arbusto con pequeños frutos comestibles), el laurel y el manzano también asumen estas características y su uso es frecuente en la decoración de lugares y elementos religiosos, ritos chamánicos y plegarias.

Con la influencia del cristianismo se ha perdido mucho de la concepción dual de las deidades mapuches, generándose una nueva, más cercana al monoteísmo. Es así como actualmente se designa al ser supremo como el Padre Dios o *Chau Dios*, creador o dueño de los hombres y de la tierra. Las tradicionales oposiciones dobles de atributos para las deidades aún se encuentran, sin embargo, en los cantos y plegarias de los *machi*, elementos rituales que, por ser transmitidos de generación en generación, conservan un marcado tradicionalismo tanto en su estructura como en contenido.

Estas mismas influencias extrañas han producido una confusión dentro de los mismos mapuches respecto al *Pillán*, al cual algunos conciben como una deidad y otros como demonio, presumiblemente

El canelo (*Drimys winteri*) es el árbol sagrado de los mapuches.
Fotografía de N. Piwonka.



caracterizado como tal por los misioneros, debido a que reside en la región de los volcanes y a su atributo de gobernar y hacerse representar en erupciones, rayos, truenos y otros elementos catastróficos.

El mundo del mal, de las fuerzas ocultas y demoníacas, se encuentra bajo la tierra, en el *nag mapu*, lugar donde habitan seres y animales monstruosos que se alimentan de carne o sangre humana. El color asociado a este elemento es el negro y las fuerzas que en él predominan son la desgracia, enfermedad, muerte, mala suerte y miseria.

El lugar geográfico que corresponde a ese mundo es el norte, de donde proviene el viento portador de mal tiempo, que arruina las cosechas. El oeste, donde se esconde el sol y moran las almas de los muertos, también es objeto de temor y recelo.

Este mundo maléfico está poblado por los *wekufu*, una serie de seres míticos que, en representaciones zoo-antropomorfas, recorren la tierra mapuche sembrando desgracias, calamidad y muerte. El *Witranalwe*, espíritu de un hombre muy alto y esquelético, que galopa de noche por los campos vestido de una larga manta negra, asalta a los hombres y es presagio de desgracias. Aquel que se asocia a él se hace rico fácilmente, pero se condena a vivir y a mantenerlo consigo para siempre. Es objeto de gran temor y su presencia es detectada a menudo en la oscuridad de los campos.

El espíritu intranquilo de una muchacha muerta, si es despertado por una bruja, surge de su tumba y se convierte en su aliado y cómplice. Es el *Anchimalién*, que tiene los ojos incandescentes como dos brasas encendidas.

El *Ñakin* o infante que atrae a los viajeros a los pantanos con su llanto y el *Chon-chon*, cabeza de bruja alada, son otras figuras que integran esta pléyade de monstruos con figuras humanas.

Animales mitológicos que también pueblan este mundo, son el *Piwichén* o serpiente alada, el *Ngurru vilu* o zorro con cola de culebra, el *Wallipeñ* u oveja deforme y otros, todos los cuales chupan la sangre o la respiración de los seres humanos, causando la muerte por consunción. El *Cherrufe* es una especie de aerolito o luz fugaz que atraviesa el cielo y anuncia calamidades.

Hay personas que se relacionan con el lugar subterráneo donde moran las fuerzas del mal, ellas son las *kalku* o brujas y tienen poder para invocar la ayuda de los *wekufu* en sus empresas demoníacas. Por lo general, son de sexo femenino y viven alejadas de sus grupos, en medio de los bosques y preferentemente en cuevas (*renu*). El mapuche manifiesta mucho temor y repulsión ante el poder de estos personajes, pero, en casos extremos, acude secretamente a ellos solicitando su cooperación.

Estos profesionales de la magia negra han heredado estas artes de sus antepasados, o bien adquieren su especialidad después de un largo período de entrenamiento. De este modo, las mujeres ancianas viudas o solteras que viven en lugares retirados y tienen raro comportamiento, son consideradas brujas por los vecinos. Se cree que se juntan para la celebración de extraños y macabros ritos en ciertas cuevas profundas y oscuras.

El mapuche considera que la enfermedad o muerte no tienen causas naturales, sino que pro-

vienen de la acción de las fuerzas maléficas sobre una persona. Normalmente se culpa a un *wekufu* o a una *kalku* de provocarlas. En el primer caso, el *machi* sacará del cuerpo del afectado al demonio, y en el segundo, deberá descubrir al brujo que causó el mal y delatarlo. En épocas remotas, la persona acusada de artes de brujería era condenada a morir por ser peligrosa para la supervivencia de la comunidad. Hoy son segregadas de los grupos y deben migrar o vivir aisladas.

Muerta una bruja, su alma no reposará en paz en las montañas o no irá a comer papas negras al otro lado del mar, sino que pasará a integrar el grupo de demonios, encarnándose en cualquiera de los seres ya descritos, especialmente el *Chon-chon*, para finalmente, radicarse en el cuerpo de otra *kalku* que será su sucesora.

p. 121 Chemamull, esculturas antropomorfas en madera, usadas en los cementerios mapuches.
Fotografía de F. Maldonado.



Cementerio mapuche, siglo XIX.
Fotografía de G. Milet.





Gustavo Milet
FOTÓGRAFO.



HAUCANOS
FOTOGRAFIA
CHILE



“Un machitún, modo de curar los enfermos”. Grabado de C. Gay (1854).

p. 133 Kollon o máscaras rituales.
Fotografía de F. Maldonado.







EL CEMENTERIO ARAUCANO

Cementerio mapuche hacia 1910.
Fotografía de O. Heffer.



Rogativa del nguillatun en Cañicú,
Inapire mapu.



EL

CHAMANISMO

MAPUCHE X
semillas de chile





El *machi* o *fileu* es el intermediario entre el pueblo mapuche y el *wenu mapu* o “tierra de los dioses”. A través de su mediación, las divinidades otorgan salud, bienestar, tranquilidad y abundancia al indígena. El *machi* está encargado principalmente de la representación divina en la lucha diaria entre el bien y el mal, cuyo campo de batalla es la tierra. Es así como está dotado de facultades adivinatorias, terapéuticas y rituales.

De acuerdo a los relatos de cronistas y viajeros, en tiempos pasados ejercían estas labores solamente hombres, que estaban dotados de una duplicidad de atributos sexuales que caracterizan a las deidades. En la actualidad, sin embargo, a través de la influencia europea y cristiana, esta función es ejercida principalmente por mujeres, en las que no se encuentra la duplicidad de atributos referida.

Hay una serie de señales que dan a entender a un mapuche que ha sido elegido para desempeñarse como chamán. Tiene sueños y visiones premonitorias que se relacionan con ciertos animales de color blanco, después de los cuales contrae una enfermedad “incurable”, que sólo puede aliviar por su consagración como *machi*. Decidido a hacerlo, el candidato conviene con un *machi* de experiencia su entrenamiento, y se traslada a vivir con él en calidad de pupilo y aprendiz. Construirá una *ruka* y vivirá solo, iniciándose en los secretos de las plantas medicinales y en la ciencia de los complicados ritos y ceremonias de invocación, todo bajo la estrecha vigilancia de su maestro. Transcurridos algunos años de aprendizaje, se preparará para el gran día

p. 139 Detalle de la parte superior de un rewe.

Fotografía de B. Borowicz.

p. 140 Una machi y sus asistentes tocando instrumentos.

Fotografía de M. Thomas.

Machi o chamán presidiendo una rogativa.



de su iniciación, en que se celebrará una solemne ceremonia, el *machi-lawun*, con la asistencia de afa-
mados chamanes de la localidad que le prestarán su
ayuda en el difícil trance.

Previamente, el aspirante a *machi* habrá
mandado a fabricar o tallará él mismo el *rewe*, esca-
lera ceremonial, símbolo de su estado y que repre-
senta el poder de comunicarse con el *wenu mapu*.
Lo mismo deberá hacer con el *kultrun*, tambor
ceremonial al son del cual cantará y bailará toda su
vida invocando a los dioses y antepasados en bene-
ficio de su pueblo.

Enterrado el *rewe* al oriente de su casa, sobre
antiguas monedas de plata, todos los *machi* que
asistan a la ceremonia cantarán al *wuñelfe* o lucero
del alba para que concurren en ayuda del iniciado
los pillanes de Oriente, las Antiguas Machis y Gue-
rberos, el Anciano Rey y la Anciana Reina, el Joven
y la Muchacha, los antiguos y poderosos caciques
y, sobre todo, la Luna y las Estrellas. Se decorará
el *rewe* con ramas de los árboles sagrados y a cada
lado de éste se clavarán los emblemas o banderas
que el *machi* ha elegido como sus estandartes. Es-
tos, que llevan sólo colores blanco y azul, o celeste,
consisten en símbolos astrales, representaciones de
lunas y estrellas. Los asistentes prepararán tam-
bién el cuerpo del iniciado mediante un compli-
cado rito que tiende a dejarlo inmune contra las
fuerzas del mal.

La ceremonia culmina con el baile y el canto
del iniciado, que asciende por primera vez los pel-
daños sagrados del *rewe*, al son del *kultrun* que toca
con su mano derecha, ataviada de cascabeles. El

clímax llega en el momento en que el *machi* cae en trance, se mueve en agitadas convulsiones que tratan de calmar sus asistentes y comienza a transmitir los mensajes de los dioses, que son repetidos por el *machidungun* o intérprete.

En el uso de este poder de comunicación con los seres celestiales, el flamante *machi* expulsará a los malos espíritus que causan daño a los hombres y administrará medicinas en el *machitun*. En el *nguilatun*, o rogativa de la comunidad mapuche en que se solicita a las deidades la fertilidad de los campos, la reproducción de los animales y el bienestar de la colectividad, el chamán elevará su mirada hacia el oriente y, entre los sones acompañados de su *kultrun* cantará:

“Te rogamos que llueva para que produzcan las siembras, para que tengamos animales, ‘Que llueva’, diga usted Hombre Grande, cabeza de oro y usted Mujer Grande, rogamos a las dos grandes y antiguas personas...”

Machi junto a su rewe.
Fotografía de C. Aldunate.





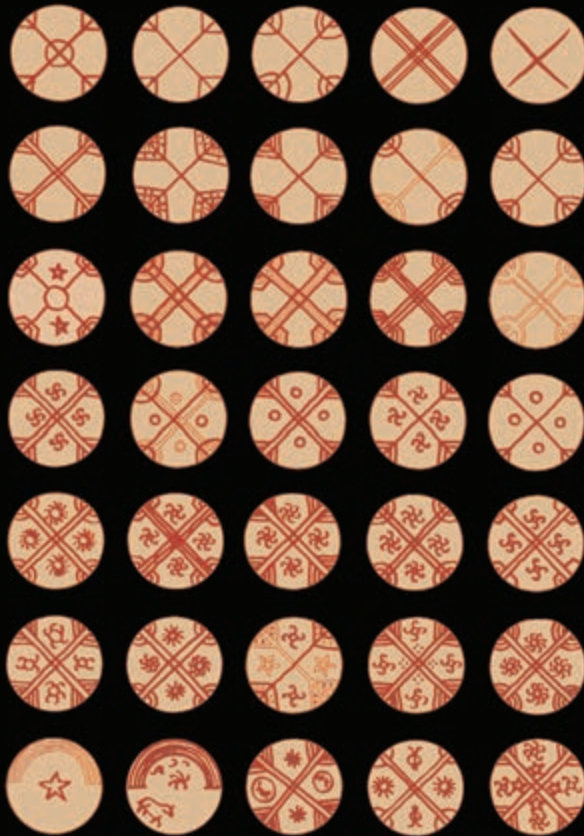
**Machi junto a su rewe, tocando el
kultrun y la kashkawilla.**
Fotografía de M. Thomas.



**Kultrun (N° 2607) o tambor
ceremonial de la machi.**

Fotografía de F. Maldonado.

**Diferentes diseños de kultrun (dibujo
de José Pérez de Arce).**



Bibliografía

- ALDUNATE, Carlos, 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile (ca. 500 a.C. – 1800 d.C.). *Culturas de Chile: Prehistoria*, Hidalgo et al. Eds., pp. 329-348. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- ALVARADO, Margarita; Pedro MEGE & Christian BÁEZ (editores), 2001. *Mapuche. Fotografías siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*. Santiago: Editorial Pehuén.
- AUGUSTA, Padre Félix de, 1934. *Lecturas araucanas*. Santiago: Editorial San Francisco.
- BERDICHEWSKY, Bernardo, 1971. Fases culturales en la prehistoria de los araucanos de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 139: 105-112, Santiago.
- COOPER, John, 1946. The Araucanians. *Handbook of South American Indians*, Vol. 2, Julian Steward, Ed., pp. 687-760, Washington.
- DILLEHAY, Tom, 1976. Observaciones y consideraciones sobre prehistoria y la temprana época histórica de la región centro-sur de Chile. *Estudios antropológicos sobre los mapuches de Chile sur-central*, pp. 1-40. Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- ERCILLA y ZÚÑIGA, Alonso de, 1888. *La Araucana*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- FARON, Louis, 1961. *Mapuche social structure*. Urbana: University of Illinois Press.
- 1964. *Hawks of the sun: Mapuche morality and its ritual attributes*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- 1968. *The Mapuche Indians of Chile*. New York: State University of New York.
- FREZIER, Amadée François, 1716. *Relation du voyage de la mer du sud aux cotes du Chili, du Pérou et du Brésil fait pendant les années 1712, 1713 & 1714*. Amsterdam: Chez Pierre Humbert
- GAY, Claudio, 1854. *Atlas de la historia física y política de Chile*. Paris: E. Thunot & Cia.
- GREBE, María Ester, 1973. Cosmovisión mapuche. *Cuadernos de la Realidad Nacional* 14: 46-73, Santiago.
- GUEVARA, Tomás, 1908. *Psicología del pueblo araucano*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- 1911. *Folklore araucano*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- 1913. *Las últimas familias y costumbres araucanas*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- 1929. *Chile prehispano*, Vol. 1& 2. Santiago: Establecimientos Gráficos Balcells & Co.
- HILGER, Inez, 1957. *Araucanian child life and its cultural background*. Washington: Smithsonian Institution.

LATCHAM, Ricardo, 1928. *La prehistoria chilena*. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

MENGHIN, Osvaldo, 1962. Estudios de prehistoria araucana. *Acta Prehistórica* III-IV: 49-120, Buenos Aires.

METRAUX, Alfred, 1967. Le chamanisme araucan. *Religions et magies indiennes d'Amérique du sud*, pp. 179-235. Paris: Editions Gallimard.

MÖSBACH, Ernesto Wilhelm de, 1930. *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Santiago: Imprenta Cervantes.

---1992. *Botánica indígena de Chile*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino / Editorial Andrés Bello.

MOSTNY, Grete, 1971. *Prehistoria de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN, Francisco, 1861 [1673]. *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile*. Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

OCAÑA, Fray Diego de, 1969. *Un viaje fascinante por la América hispana del siglo XVI (1599-1605)*. Julio Guerrero, Ed. Madrid: Stadium Ediciones.

OVALLE, Alonso de, 1646. *Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en el la Compañía de Jesús*. Roma: Por Francisco Cavallo.

ROBLES, Eulogio, 1942. Costumbres y creencias araucanas. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

ROSALES, Diego de, 1877. *Historia general del Reino de Chile*. Valparaíso: Imprenta de El Mercurio.

STUCHLIK, Milan, 1974. *Rasgos de la sociedad mapuche contemporánea*. Santiago: Editorial Nueva Universidad.

TITIEV, Misha, 1969. Araucanian shamanism. *Boletín del Museo de Historia Natural* XXX: 299-312, Santiago.

TREUTLER, Paul, 1882. *Fünfzehn jahre in Süd-Amerika an den ufern des stillen oceans*. Leipzig: Welt post.

